

paradoja de nuestra América

• ROBERTO MARCHANT

En el acontecer de la América Hispana en el año pasado fueron los sucesos económicos los que destacaron, aún por encima de los numerosos accidentes políticos que, evidentemente, tampoco podían faltar. Aparte de las contadas naciones que continuaron su progreso dentro de condiciones regulares —Méjico, Colombia, Perú, Ecuador y alguna otra de Centroamérica— las demás estuvieron sujetas a fluctuaciones internas que se debieron, de modo principal, a la desorganización de sus sistemas económicos, particularmente notoria en comunidades tan importantes como Brasil, Argentina, Chile y Uruguay.

Al efectuar una comparación del cuadro doméstico de nuestros países, resalta la variedad de circunstancias por las que atravesara el continente en un período tan movido como fuera 1963. Aparecen también situaciones locales verdaderamente contradictorias, reflejando la inmensa desigualdad física y humana del territorio y los complejos problemas que hoy asedian a casi todas estas colectividades. Escogiendo aquellos sitios en que surgieron episodios más típicos del quehacer latincamericano, puede mostrarse el fluido panorama hemisférico con las relaciones que siguen, ilustrativas del devenir de nuestras repúblicas bajo factores a menudo adversos.

Violencia y crecimiento venezolano Inestabilidad y retroceso argentino.

Dentro de las naciones mayores de Sudamérica, tal vez los dos extremos en el desenvolvimiento material del último tiempo estén representados por Venezuela y Argentina. Aquí encontramos dos comunidades ampliamente dotadas por la naturaleza y que disponen de territorios relativamente fáciles de desarrollar, siendo la planicie argentina bastante más apta a cualquier empresa del hombre que la llanura y la selva venezolanas. A pesar de estas similitudes superficiales, el paralelo no trasciende más allá de la topografía y las riquezas, pues es conocido el marcado avance experimentado por Venezuela durante más de una década, precisamente la misma en que la Argentina ha contemplado impotente cómo se destruye su antigua posición.

Aunque el ritmo del progreso venezolano señala un descenso en la transición desde la caída de la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez (1948-58) hasta la puesta en funciones de la administración democrática del presidente Rómulo Betancourt, se mantuvo el incremento de los índices de producción, resaltando así el vigor de la joven y punjante economía orientada desde Caracas, la que pudo sobreponerse a las vi-

cisitudes políticas. Las alternativas domésticas venezolanas y la disminución en el intercambio mundial que se revelara en los años intermedios del régimen civil instaurado en Venezuela, apenas si lograron causar un impacto mediano sobre la actividad económica conjunta.

La hostilidad desatada por la dictadura vecina de Fidel Castro —manifestada por las cruzadas propagandísticas lanzadas desde La Habana sobre la incipiente democracia venezolana, por el repetido ataque armado contra las principales poblaciones de Venezuela y la guerra de nervios abierta por los sectores castristas y comunistas locales— no pudo debilitar la voluntad cívica de esa nación y causar las dificultades económicas que era dable imaginar. Tales demostraciones, no obstante su repetición y la cuantía de los destrozos materiales, fueron incapaces de paralizar las entregas de las principales fuentes de producción petrolera y de extracción minera, las que consiguieron sostener sus niveles constantes de actividad y, finalmente, doblegar los obstáculos físicos y psicológicos que se les oponían, para arrojar excelentes resultados anuales.

Fue así que Venezuela se impuso gradualmente a la embestida de sus núcleos totalitarios, empeñados en una lucha terrorista sin cuartel contra las poblaciones civiles, las entidades oficiales y las instalaciones extranjeras. Este feliz resultado se comprobó con la cuantiosa participación de la ciudadanía en las elecciones presidenciales y generales de fines de 1963, que confirmaron la tendencia democrática y centrista de la mayoría de la colectividad. Con porcentajes de votación superiores al 90 %, declaró nutridamente su preferencia por los

dos grupos que la habían guiado a través de ese quinquenio decisivo —Acción Democrática y el Social-Cristianismo—, dándoles los primeros lugares dentro de la gama de concurrentes, mientras el extremismo marxista resolvió no presentar una candidatura típica, ocultando de este modo su falta de ascendiente dentro de la comunidad.

Confirmando esta impresión y anotando los buenos augurios a que tiene derecho esa nacionalidad, se han publicado análisis optimistas acerca del porvenir inmediato. Merece citarse la parte de la revisión anual del hemisferio hecha por "The New York Times" ("Survey of the Economy of the Americas", 17 de Enero, 1964, página 45) que glosa la posición de Venezuela en estas frases:

"Habiendo experimentado una dolorosa y costosa operación política, Venezuela ahora parece estar lista para beneficiarse de ella."

"Los prospectos para un periodo de paz lucen claros, si bien no sólidos. Y la mayoría de los indicadores económicos se sitúan desde "bueno" hasta "excelente"."

"En resumen, pueden existir todas las razones para predecir que la confianza del mundo de los negocios —que osciló impacientemente aún durante los períodos tormentosos de 1963— occasionará un dramático empuje en este año. Todo parece estar a la espera de este resultado".

Como contraste al acontecer venezolano, fruto acaso de la constancia de sus gobernantes y de la actitud juvenil predominante en ese pueblo, cabe destacar la accidentada trayectoria de la otra floreciente nación argentina. Si bien el combate partidista nunca alcanzó los ras-

gos dolorosos y la destructividad con que se ensañaran los terroristas venezolanos, Argentina tuvo que presenciar por cerca de 15 meses cómo se sucedían las crisis militares que iban dando expresión al malestar colectivo y reflejaban la profunda desazón subsistente en el interior de su cuerpo social. Dejando tras sí una ola de parálisis económica y un creciente desgaste de la que antes fuese una sólida estructura, el tramo que media entre la involuntaria salida del presidente Arturo Frondizi en marzo de 1962, su reemplazo transitorio por el vicepresidente José María Guido y, eventualmente, la ascensión legal al poder del presidente electo Arturo Illia, en octubre de 1963, significó para Argentina, seguramente, la más prolongada y angustiosa de sus crisis materiales en este siglo. Con sacudidas de tal categoría, no es de extrañar entonces que se fuera ocasionando un debilitamiento de sus actividades productoras —tocándose extremos de desocupación y de estrechez que afectaron a vastas capas sociales— que antes habría parecido remoto a esa colectividad.

Gracias al buen sentido y a la moderación de importantes segmentos de la población y de sus dirigentes nacionales, se hizo posible sobrellevar las repetidas desilusiones ciudadanas y los conflictos domésticos que fueron la nota saliente de 1963. Debido al empleo de procedimientos adecuados, por intermedio de gobernantes dispuestos a no cejar en la búsqueda de la legalidad y del retorno al progreso. Argentina logró al cabo desembocar en las elecciones generales de julio, que habrían de traerle un resmango de calma y de confianza en sí misma, tras los desgraciados y perturbadores episodios de ese año y medio de fluctuación en torno a la inoperancia de

sus principales instituciones. De nuevo, como en el ejemplo de Venezuela, Argentina al ejercer otra vez el control de sus destinos parece hallarse en la ruta de la recuperación y del desempeño íntegro de sus libertades. Gozando de ventajas que no son comunes a muchas repúblicas latinas, es lógico pensar que habrá de surgir del estancamiento en que ha transcurrido casi toda la época de postguerra y avanzar con bríos hacia un futuro más a tono con sus capacidades.

Tal esperanza se presiente en un párrafo del análisis del diario neoyorkino (página 45), cuando acude a estos términos:

“La Nación continúa siendo una contradicción. Una porción considerable de la industria recién construida es no sólo sólida, sino que también está transformando al país hacia métodos modernos. En muchos aspectos, Argentina tiene los niveles de vida de Europa Occidental, a la vez que una inmensa riqueza agrícola y una amplia clase media”.

“Sin embargo, la escena económica para 1964 sigue confusa, aún oscura en algunos sitios. Problemas muy severos permanecen sin resolverse y no se precisa una sensación de urgencia para eliminar abusos que podrían traer una nueva crisis”.

A parte del interrogante que se cierne en torno al desempeño puramente material, queda una advertencia por hacer respecto al rumbo ejecutivo del momento. Con gobernantes que han regresado a la Casa Rosada tras un intervalo de un tercio de siglo en la oposición, hay indicios de que la visión que tienen es, con frecuencia, la que correspondía a los decenios anteriores y no la que de-

biera aplicarse a 1964. Se observan tendencias hacia el aislamiento internacional, como resabios de la antigua tradición argentina de actuar al margen del escenario continental, que acaso podría dar lugar a un debilitamiento de la cooperación que Argentina desplegará en los años reciente. Tal actitud, sumada al excesivo partidismo del grupo triunfante en julio de 1963, con apenas un 25 % del voto emitido, hace incurrir en dudas al respecto al enfoque moderno que debería distinguir a todo núcleo gobernante de América Latina. Es posible que mente a lo ancho del hemisferio americano, puedan ser anulados por la necesaria corrección que habrá de compensar las exageraciones en que ha caído la administración de Buenos Aires, ante la nostalgia de los viejos tiempos en que el radicalismo ejercía el poder, entre la primera guerra mundial y la gran crisis posterior a 1929. Aquellas memorias quizás serán superadas por las nuevas generaciones que están interviniendo en la vida pública, junto a los veteranos de tantos años de lucha, para colocar a Argentina en el lugar de vanguardia que le corresponde.

Avances peruanos y un conflicto de poderes

Uno de los puntos altos del desarrollo continental lo marcó la elección, a mediados de 1963, del gobierno democrático de avanzada que encabeza el Presidente Fernando Belaúnde Terry. Terminó así la etapa de transición de un año, durante la cual un régimen militar se encargó de detener el desenvolvimiento cívico normal del Perú. Por suerte para los destinos de ese país, que

tanto sufriera en el pasado con los repetidos golpes de fuerza y las administraciones encabezadas por generales, esta vez los componentes de la Junta de Gobierno, acaso respondiendo a la nueva conciencia civilista de América, cumplieron su palabra y entregaron el mando dentro de los 12 meses que se habían señalado como el lapso de su actuación.

La conjunción de sectores progresistas que determinó el triunfo de Belaúnde, abarcó una vasta gama de votantes que variaban desde el centro del espectro político hasta muy cerca del extremismo revolucionario. En esencia, se organizó en torno a su propia Acción Popular, un movimiento de corta trayectoria, modelado sobre la personalidad de este arquitecto y conductor de masas y orientado para atraer indígenas y campesinos. A ella se unió la creciente agrupación que significa la Democracia Cristiana peruana, la que si bien existía por alrededor de una década no había llegado a trascender los límites de los núcleos profesionales, de intelectuales y de juventudes en las principales ciudades.

Gracias a esta asociación entre Acción Popular y Democracia Cristiana, el Perú pudo otorgarse una directiva que es representativa de los sentimientos de reforma de las capas más numerosas dentro de la sociedad. Es así que se obtuvo una ventaja definida para consagrarse la fórmula presidencial que englobaba a ambas tendencias, aunque sin alcanzar una mayoría absoluta dentro del Congreso nacional. La victoria en la conquista del poder ejecutivo se vio disminuida en parte ante el dominio ejercido dentro de las dos ramas parlamentarias por elementos que debieran haber sido hostiles entre sí, pero que, llevados de su común antagonismo a la figura del

nuevo presidente, olvidaron sus diferencias para presentar un frente coaligado.

El notable aporte para la marcha institucional del Perú que envuelve la presencia de un gobierno revisionista apoyado en los sectores jóvenes y progresistas fue, tal vez, la nota principal en el desarrollo cívico latinoamericano. Se había forjado una oportunidad de excepción para corregir los viejos vicios de la política peruana, habituada al personalismo y a las dictaduras militares, con el consiguiente efecto sobre el continente entero. Esta característica, suficiente en sí para justificar la instalación de un régimen de rasgos democráticos y populares, se vio pronto anulada parcialmente ante el implacable deseo de los dirigentes partidistas derrotados en junio de 1963 de obstruir el paso a la nueva administración.

Actuando ante los ojos de América con un programa moderno y ajustado a las condiciones locales, el presidente Belaúnde se ocupó desde el primer momento de convertir en realidad sus promesas electorales, fundadas en sus estudios de años a través del dilatado panorama de la costa, la sierra y la montaña peruanas, que él recorrería con tanto afán desde la época de su primera candidatura para el ejecutivo, en 1956. Las buenas* intenciones del gobernante que aspira a transformar a su patria en una verdadera nacionalidad, incorporando a las capas mayoritarias indígenas y mestizas que permanecieran alejadas de lo que es el Perú, debieron estrellarse ante los dilatados procesos parlamentarios y la constante y ascendente obstrucción de sus propósitos. De este intercambio entre gobierno y oposición fue emergiendo un paulatino endurecimiento de postu-

ras hasta llegar finalmente al enfriamiento que se visualiza en la actualidad.

Para quienes conocen la difícil experiencia que siempre fue el aprendizaje democrático peruano, habrá sido una sorpresa contemplar el espectáculo poco reconfortante de esta lucha reciente. Cuestión: "concebir, precisamente por el sufrimiento infligido en los lustros anteriores a una porción de su pueblo, que en esa colectividad se llegara a conseguir un entendimiento informal en un comienzo y luego consagrado por una alianza entre fuerzas tan dispares como las del partido Aprista, históricamente el primero de la nación por largo tiempo, y la variada aglomeración aglutinada en torno al ex-dictador Manuel Odría, quien adquiriera fama a través de Sudamérica entre 1948 y 1956 por su enconada persecución del aprismo y sus jefes.

Esta combinación Aprista-Odrísta ha sido tal vez la más paradojal que podría arrojar la agitada escena latino-americana. Pocas veces en el curso de nuestras naciones ha surgido el caso, particularmente de próxima data, de una asimilación de objetivos entre dos entidades que previamente hicieran gala de tal hostilidad y ensañamiento entre sí. Quien recuerde la trayectoria última del continente habrá de tener grabado el período en que el caudillo aprista Víctor Raúl Haya de la Torre permaneciera encerrado por cerca de 6 años en la Embajada de Colombia en Lima, ante la vigilancia permanente de patrullas militares y el despliegue de armamentos pesados. Esta prisión del fundador del Apra desencadenada por el entonces dictador Odría, que habría de terminar eventualmente mediante un fallo de la Corte Internacional de Justicia de La Haya en favor de la

tesis colombiana del asilo político y la subsiguiente liberación del líder allí refugiado, se vio reflejada en distintas ciudades de América a través de la residencia forzosa de colonias de exiliados peruanos. Es así que se les encontraba en Buenos Aires, Santiago, Guatemala, La Habana, México y Nueva York, como víctimas de la enconada ola de ilegalidad y violencia desatada contra ellos y sus familiares.

Hay pocos episodios contemporáneos que doten con mayor claridad la extraña moralidad y la falta de escrúpulos desplegadas por los cabecillas de sectores dictatoriales y aquellos personeros de origen aparentemente democráticos aunque sin demasiadas convicciones cívicas. Por ello, los observadores del escenario sudamericano estiman que tal esquema de conveniencia transitoria habrá de resultar contraproducente en sus efectos públicos y dañar ulteriormente a tan hábiles pactantes. Desde luego, hay señales de que los jóvenes reformistas que antes se acogían al Apra como su modelo de ruta ante un alarde tan ostensible de acción, principian a marginarse de su oportunismo y olvido de los sangrientos choques del pasado y de la estela de mártires con que se galardonara ese movimiento en los arriesgados años de 1930 a 1956, bajo las persecuciones oficiales. Y también se sume, por quienes siguen de cerca el acontecer peruano, que la muerte en Septiembre de 1963 de ese dirigente tan humano y conciliador como fué Manuel Seoane, cuya reputación ya trascendía al aprismo y a la política púramente peruana, habría de facilitar el dudoso convenio, que él seguramente jamás habría autorizado.

A pesar del intento de desviar la voluntad nacional mediante los acuerdos

entre el Apra y los seguidores de Odría, se pudo comprobar en Diciembre pasado que su alcance verdadero era bastante más limitado de lo que cabía esperar, reduciéndose en la práctica al entendimiento parlamentario en vigencia y a la actitud opositora general. Como se verificó en las elecciones municipales de ses mes, las primeras de esa índole celebradas en el Perú en medio siglo, la plataforma del gobierno dispuso del empuje necesario para superar a la coalición Apra-Odría en todas las poblaciones mayores del país y en el conjunto de los municipios escogidos.

Hubo un sentimiento público para valorizar como decisivo el confrontamiento efectuado en Lima entre la esposa del ex-dictador, cual abanderada de las filas opositoras asociadas, y Luis Bedoya, quien había sido integrante demócrata-cristiano del gabinete nacional y pronunció para asumir la representación gubernativa en esa contienda. No obstante los vaticinios pesimistas emitidos desde distintos lugares, fue otra vez inobjetable el triunfo procurado por los simpatizantes con la combinación gubernativa habiéndose elegido a Bedoya por una ventaja apreciable como el Alcalde democrático de los dos millones de habitantes que hoy pueblan la capital. Fue ésta una apropiada confirmación de los sentimientos populares en respaldo de la línea progresista propaganda por el Presidente Belúnde y acaso un indicio del desinterés popular ante la heterogénea confederación levantada alrededor de las siluetas algo ancianas de Haya y Odría.

En medio de estas vicisitudes partidistas, que están deteniendo el proceso de educación en la democracia dentro del Perú y retardando la puesta en marcha de los

proyectos de reforma redactadas por el gobierno, aumentan los síntomas visibles de la agitación social campesina. Los últimos meses han denotado en el sur, de insurrecciones armadas de los sufridos indígenas de las zonas menos dotadas. A medida que el estallido se ha ido agudizando y se incrementa el número de víctimas, se hace más evidente que la nación deberá solucionar problemas tan complejos como los de la tenencia y utilización de tierras en las regiones agrícolas más congestionadas.

Ante la gravedad de esta situación y el impacto que está ejerciendo a lo largo del territorio, parece justo confiar en que se disiparán los entredichos en el Congreso, que ahora dificultan el ejercicio administrativo y postergan la aplicación de planes de urgencia para remediar tan críticos acontecimientos. Es éste el momento en que Perú y sus principales hombres políticos deberán esforzarse en descubrir puntos de afinidad entre los sostenedores de la democracia, para consolidar y hacer efectivos los inevitables cambios sociales propuestos por el Presidente Belaúnde y que serán, quizás, la última oportunidad para evitar un lanzamiento campesino de incalculables proporciones.

Miserias, desorden y suerte en Cuba

Durante 1963 se presenciaron alzas y bajas que confirmaron el accidentado curso del pueblo cubano. Habiendo descendido a niveles mínimos de subsistencia, desconocidos para la próspera nación antes de 1959, experimentó en carne propia privaciones causadas por la escasez de muchos artículos alimentos, medicinas, vestido, transporte que fueran de uso

corriente en la isla. Como resultado de este cuadro sombrío se tuvo que reconocer, a través de exámenes y declaraciones oficiales, que el rumbo de los 5 años de revolución castrista había sido equivocado y que precisaba enmiendas rápidas y efectivas.

Desde la toma del poder por Fidel Castro, el día de Año Nuevo de 1959, se empeñó el naciente régimen en proclamar a los cuatro vientos su intención de rectificar los contornos característicos de la economía, precisamente aquellos que habían creado el bienestar en el pasado, para iniciar un vasto ciclo de reformas que habrían de general su transformación en un país industrial. Esta consigna, lanzada por el joven caudillo y repetida por sus lugartenientes, se lamentaba de la base agrícola que había sustentado a Cuba a través de las décadas previas, a la par que acusaba al imperialismo norteamericano de haber utilizado la producción insular para su propio beneficio y en detrimento de la población cubana.

En medio de la excitación propia a esa temporada de euforia con que se inició la hegemonía castrista, hubo firmes incitaciones de los dirigentes para desplazar en corto lapso el cultivo y elaboración de caña de azúcar y sus derivados. Se estimaba entonces que era una señal de atraso colectivo poseer una agricultura centrada casi exclusivamente alrededor de este producto y se aspiraba, en su lugar, a lo que se llamó la diversificación de las actividades económicas y la pronta conversión a la industrialización masiva, que abarcaría desde las fábricas livanianas hasta la construcción de plantas más complejas. De modo ciego y sin atenuaciones, muy luego empezaron a trasladarse a la práctica estos esquemas de

los teóricos más influyentes de la revolución en progreso.

En el tiempo ya gastado y sin vuelta, Cuba ha contemplado pasivamente la paulatina paralización y destrucción de la mayor parte de los centros industriales existentes, tanto por la carencia de conocimientos técnicos para su manejo, debido al exilio de los expertos y profesionales, como por la creciente falta de equipos y repuestos adecuados. Así, en vez de mantener y mejorar los recursos fabriles con que ya contaba la isla, se entró de súbito en este proceso de contracción de las instalaciones relativamente modernas de que se preciaba. Paralelamente se observaba la caída vertical de la productividad en aquellas cosechas —de caña, de tabaco y de frutas tropicales— que habían proporcionado las entradas principales en períodos de buena dotación material y que, con todos los defectos e injusticias inherentes al anterior estado de cosas, habían constituido a Cuba en una tierra comparativamente satisfactoria dentro de América Latina.

Al grito del Ministro de Industrias, Ernesto Guevara, de que era imperativo concluir con la economía de monocultivo que había determinado las alternativas cubanas a través del siglo, se respondió con un marcado descuido en las labores del campo para, consecuentemente, desviar la atención popular hacia una posible puesta en operación de establecimientos fabriles que serían aportados por Rusia y las naciones de Europa Oriental. Las consecuencias de tal directiva, trasladadas luego a la realidad mediante diversas medidas que envolvían a la vez actos positivos y reacciones negativas, no se hicieron esperar, como lo comprueba la trayectoria seguida por esa desafortunada población.

Motivados en buena parte por esta inspiración gubernativa —y con el imprevisible agregado de trastornos naturales como sequías y huracanes— los que fueran deseos tal vez utópicos convirtiéndose en hechos en una etapa fatal de desacertos y omisiones. Desde cifras óptimas de producción que fluctuaban alrededor de 7 millones de toneladas anuales de caña, en la era de prosperidad, se fue cayendo con aceleración marcada a cantidades que apenas se aproximan a la mitad de la antigua producción ideal. Y por cierto, como secuela de esta reducción de la mayor fuente de divisas para su comercio con el extranjero, antes con Estados Unidos y ahora con las entidades comunistas, hubo de agravarse el cuadro doméstico por la notable disminución en sus oportunidades de abastecimiento externo de artículos esenciales.

A medida que pasaban el tiempo y se complicaba gradualmente la escena interna, a la vez por el debilitamiento de su fuerte y próspera agricultura de antaño y por la aguda desorganización de sus sectores industriales y la ausencia de las prometidas plantas que despacharían las repúblicas orientales europeas, se fue haciendo más evidente que era necesario detener esta carrera hacia el vacío. Al parecer, por la presión ejercida por las autoridades soviéticas y las recomendaciones de enviados especiales y misiones técnicas provenientes de Rusia y sus aliados, se trajo la realidad a los ojos de Castro y sus ayudantes. Por ello es que en los meses finales de 1963 se abrió una revisión general del estado económico y se eligieron las fórmulas que permitirán remediar el crítico nivel en que se hallaba.

Bajo las inspiraciones emanadas de Moscú y traducidas oportunamente en

actos en la Habana, tal sacudida sirvió para desplazar los erróneos conceptos del quinquenio castrista y colocar a la economía insular en una nueva perspectiva. Las instrucciones ya están saliendo de la capital cubana para poner marcha atrás y empezar otra vez en el punto de partida de 1959, es decir, en la primacía de la agricultura y de la caña como productos salientes de la pródiga tierra cubana. Al decir del dictador en discursos recientes, gracias a este tardío reconocimiento y corrección de las tremendas fallas de los años últimos, se aspira a que en 1970 Cuba esté entregando unos 10 millones de toneladas de caña de azúcar por año, o sea un total superior al que se obtenía en las zafras mejores de 1950-60. La conclusión obvia es que se ha malgastado una década completa que pudo ser de crecimiento de la economía cubana, con indudable perjuicio para esa sacrificada población de 7 millones y sólamente en razón de la soberbia doctrinaria y la administración mediocre engendradas por el castrismo.

Una nota irónica, en este complicado proceso de conducción errónea primero y descapacitación después ante las voces surgidas desde el Kremlin, fue la que originara "Che" Guevara, seguramente el autor más célebre de la ruinosa línea antiagrícola y pretendidamente industrial. Confesando el monstruoso daño infligido al que etraía fuese un suelo sano y apto a las recolecciones tropicales, ha pretendido salvar su responsabilidad directa señalando que "quedó la experiencia de las equivocaciones", como único fruto de los años derrechados y acaso justificando su participación personal en ese verdadero suicidio material para una comunidad que merece otra suerte.

En medio de estas alternativas expe-

rientaladas humanamente por los cubanos y seguidas tan de cerca por el resto del continente americano, intervino un elemento de azar que vino a aliviar levemente la subsistencia dentro de la isla. Por efecto de sus propias malas cosechas, de la destrucción en otras áreas del Caribe ante el impacto devastador del huracán y los temporales del otoño de 1963, y de las bajas entregas de remolacha azucarera en las regiones de Europa oriental, se ocasionó una repentina escasez en el azúcar transado internacionalmente, creándose así un alza sorprendente en los precios de venta de la caña en todo el mundo, incluyendo lógicamente a la que aún se hallaba en la isla. Ante esta bonanza en las cotizaciones de las reservas cubanas y con el concurso de las autoridades soviéticas que aceptaron las exportaciones de parte de estas cuotas ya contratadas por Rusia de acuerdo con los compromisos en vigor entre Moscú y La Habana, el régimen de Castro ha presenciado pasivamente cómo este aporte inesperado en dólares y divisas europeas ha obrado en su favor, reforzándose de este modo, por circunstancias enteramente ajenas a la voluntad del dictador, la postura interna y exterior de Cuba.

Revela esta curiosa jugada del destino en qué medida el accidentado acontecer insular está ligado a ese mismo producto al que hasta ayer tanto se criticara como base de la riqueza de la nación. Aprendiendo de inmediato la lección, afirma ahora el gobernante cubano que en adelante se concentrarán todos los esfuerzos para convertirse en la abastecedora más cuantiosa de azúcar, tanto para oriente como para occidente, reflejando las excepcionales condiciones naturales en que se desenvuelve su crecimiento en ese te-

rritorio y relegando a un segundo plano los ambiciosos proyectos industriales con que soñara tan largo tiempo. Y como evidencia de la recién adquirida capacidad de comerciar con el mundo, que le proporcionasen tan generosamente sus menospreciados saldos azucareros, se inicia esta etapa de trueques con Inglaterra, Francia, Bélgica, España, Japón, etc., que la proveerán de transportes y repuestos para sus agobiadas fábricas. Cuba contempla con satisfacción esta jugada maestra, no de su gobierno pero sí de su azúcar, para sortear tan difícil posición como la que caracterizara al año pasado.

El intelectual y el industrial

Al abarcar el panorama continental, es posible distinguir episodios que señalan la disparidad de hombres y de elementos que componen el transcurrir latín-ameriquino. Durante 1963 surgieron diligencias gobernantes que desempeñaban sus cargos de acuerdo a aquellas condiciones personales que les hicieran destacarse en sus respectivos ambientes. Pero también hay otras en que las inciertas circunstancias de sus países o el desconocimiento de las verdaderas facetas de los mandatarios derivan en resultados insospechados y frecuentemente contrapuestos a los que cabría imaginar.

Como ilustración de esta heterogeneidad cabe citarse el breve interludio del intelectual Juan Bosch como Presidente de la República Dominicana entre Febrero y Septiembre del año pasado. Dotado de experiencia en la literatura continental y con un historial característico de los personeros políticos del Caribe, que a menudo precisan residir en el exilio por largas etapas, llegó Bosch a la cabeza de su nación impulsado por su

proyección como hombre de letras y por el renombre adquirido en la prolongada lucha contra la dictadura de su patria.

Precisamente por estos antecedentes es que se esperaba que, convertido en ejecutivo, otorgara su preferencia a aquéllos temas que le serían más cercanos, cual la cultura y la educación de su pueblo, en desmedro de otras disciplinas aca- so más rígidas y ligadas a la actividad económica de la comunidad. Sin embargo, Bosch supo traspasar los bordes de sus tareas previas y entregar una porción considerable de sus afanes al apropiado manejo financiero dominicano. Gracias a esta preocupación, criticada con posterioridad por muchos observadores de los de desarrollar un buen dominio de las factores de su caída, tuvo oportunidad alternativas económicas de la isla.

Al considerar este breve paso por la presidencia dominicana, es justo reconocer que Bosch fue favorecido por la relativa facilidad de la economía básicamente agrícola y por las alzas en los precios de sus cultivos más salientes. Es así que su dedicación administrativa a este tópico se vio acompañada del rendimiento satisfactorio del territorio a través del año. Y aunque tales ventajas no son usuales para otras economías medianas o pequeñas del continente, quedó el mérito de la debida utilización de los recursos disponibles en una jornada de intensa conmoción cívica.

Haciendo el balance de su obra en tan corto tiempo, anota "The New York Times" (17 de Enero de 1964, página 56), estas conclusiones:

"A pesar de los efectos destructivos de los acontecimientos políticos, el cuadro económico dominicano continúa esperanzador."

"El Presidente Bosch, después de siete meses de gobierno, dejó una herencia dispar. Habiendo puesto el énfasis sobre la responsabilidad fiscal y preocupándose de restablecer el crédito exterior y equilibrar el presupuesto nacional, consiguió pagar todas las deudas extranjeras y aumentar las vaciadas reservas nacionales hasta un margen confortable de 15 millones de dólares."

"La balanza de pagos, sin embargo, fue oscurecida en parte por el descenso en la producción calculada de azúcar. Esto se atribuyó a falta de dirección y manejo en las plantaciones y refinerías de azúcar del gobierno y también a dificultades laborales."

"Un informe reciente de la situación dominicana, publicado por el Departamento de Comercio norteamericano, acrediita al Profesor Bosch con haber propiciado "un clima mejorado" para el comercio exterior y las inversiones."

"Bajo tal situación", añade la información, "el comercio sigue progresando, pero la pérdida de confianza resultante de la inestabilidad política se podrá reflejar en una marcada reducción en el intercambio y en las actividades inversionistas."

Mientras que el ex-presidente Bosch entró a las esferas gubernativas con una reputación construida sobre sus creaciones literarias y de ideólogo político, el jefe chileno, Jorge Alessandri, debe su prestigio y fue elegido en razón de sus calificaciones de industrial y dirigentes de asociaciones gremiales. Habiendo sido el principal gerente y director del monopolio del papel en Chile, por espacio de 20 años, la ruta que se trazara cual intérprete de los objetivos de los grupos económicos nacionales le ayudó en su acceso al poder.

A raíz de este intervalo como vocero de los empresarios fue que resaltó ante el público y logró la estatura necesaria para simbolizar la preparación y la integridad requeridas para enderezar las desarrugadas finanzas chilenas. Esta imagen personal trascendió más allá de su actuación como industrial, pues la eficacia del monopolio entregado a su cuidado fue puesta en duda por expertos extranjeros que hicieron revisiones periódicas de la economía chilena y de sus manufacturas mayores en los últimos años. Sea como fuera, el Presidente Alessandri asumió el mando con la promesa de que su futuro desempeño detendría el descenso material de las décadas pasadas y guiaría a la nación hasta el progreso económico y la estabilidad de sus finanzas.

Ha sido entonces una sorpresa verificar que esta estela optimista, que había precedido a la elevación del ejecutivo chileno y le acompañaría en sus dos primeros años de gobernante, se vería pronto desplazada por la falta de seguridad en la conducción económica y la consecuente drástica desvalorización de la moneda. Enseguida, como derivación inevitable, se abrió un ciclo de vacilación de la confianza pública en sus habilidades de financista, el que abarcaría también a los círculos bancarios del extranjero. Tras este desafortunado lapso, Chile ha desembocado nuevamente en la carrera inflacionista y las aflicciones físicas que acecharon a la nacionalidad por cerca de un tercio de siglo están aflorando otra vez.

Comentando el crítico momento financiero, el Senador Roberto Wachholtz, perteneciente al Partido Radical, el más importante dentro de la alianza tripar-

tita que apoya a la administración Alessandri, y su mejor experto en economía, hubo de referirse en términos severos al juzgar el desajuste fiscal. Haciendo resaltar las debilidades del estado económico, apuntó en la sesión del Senado del 16 de Octubre de 1963:

"La desastrosa situación en que nos encontramos es la resultante de una mala conducción administrativa de los negocios públicos, de su exclusiva responsabilidad; de un mal uso de las autorizaciones que prodigamente le otorgó el Congreso y que fueron malogradas por el mandatario, director indiscutible de la política económica durante esta Administración."

"El índice del costo de la vida lo recibió esta Administración (en Noviembre de 1958) con una variación anual de 32%; en el mes de Septiembre de este año, la variación anual llega al 53.6%, incremento inflacionario que ya ocupa el segundo lugar en la historia económica del país."

"La deuda externa total de la nación alcanzaba, al iniciarse la actual Administración, a seiscientos millones de dólares; al 1º de Enero de este año, es superior a mil seiscientos millones de dólares." ...

"El servicio anual de la deuda externa del sector público era, al iniciarse esta Administración, inferior a cien millones de dólares; para el presente año supera los doscientos sesenta millones de dólares."

"La emisión del Banco Central era de ciento doce millones de escudos al 31 de Octubre de 1958; al 30 de Septiembre de 1963, alcanza a quinientos sesenta y siete millones de escudos."

A parte de esta autorizada opinión chilena, se tiene el examen que realizó el

ya mencionado diario neoyorkino en su edición sobre el continente (página 62):

"La economía chilena está enfrentada con una aguda escasez de dólares, exportaciones insuficientes y una creciente inflación."

"Para el hombre de la calle existe un sólo tema: cómo costear los gastos de subsistencia mientras los precios ascienden constantemente. El costo de vida subió un 50% en 1963. Es imposible efectuar alzas de salarios para compensar tal aumento, se les dice firmemente a los chilenos, porque las condiciones del tesoro público y los negocios en general no las justifican."

"Una demanda creciente por alzas de sueldos está cruzando el país, como presagio tal vez de posibles perturbaciones en la producción."

*Santo Domingo, o el término
de una ilusión*

La nacionalidad dominicana vivió momentos de intensa expectación con el interesante ensayo —desde el punto de vista del pensamiento libre de América Latina— la instalación de un régimen democrático, tras las tres décadas de dictadura trujillista. Después de las elecciones indudablemente limpias llevadas a cabo al cierre de 1962, el Presidente electo Juan Bosch, que obtuviera el 62% de los sufragios emitidos, asumió el poder en Febrero de 1963, con la intención de gobernar por cinco años a esa atrabulada nación y acabando por hacerlo apenas por siete meses.

En la opinión generalizada en los círculos interamericanos que siguieron de cerca tan fugaz proceso de convicción pluralista bajo la libertad, que correspondía

esperar una administración acaso inexperta —por lo difícil que resulta manejar a un país de cuatro millones de personas acostumbradas por más de un cuarto de siglo a obedecer ciegamente las órdenes dictatoriales y donde las capas ilustradas son numéricamente reducidas— pero con buena voluntad cívica y empeñada en la prenta instrucción ciudadana de las masas dominicanas. Estas predicciones se cumplieron, pues la tarea del gobernante se fue haciendo más y más lenta y pesada ante las fallas internas de la máquina oficial en una colectividad que siempre fue ajena al proceso democrático.

Acaso porque el jefe ejecutivo se dedicó a custodiar la evolución material de la nación y a regular sus finanzas, hubo de descuidar la atención sobre el ajetreo partidista, seguramente esperanzado en que si permanecía en el mando dentro de un clima de normalidad, le sería posible más adelante compensar las apasionadas críticas opositoras con el rendimiento de su gestión económica. Desoyendo el consejo de muchos amigos y admiradores latinoamericanos que viajaron a Santo Domingo —cuyas recomendaciones le instaban a sostener la lucha ideológica y otorgar primacía a la actuación ejecutiva, sin ocuparse del detalle administrativo en que el Presidente gastaba jornadas de 12 a 15 horas— Bosch insistió en su modalidad de conductor que centralizaba demasiadas actividades y concentraba sus mejores momentos en la estabilización financiera.

A consecuencia de esta interpretación de sus deberes, Bosch dejó sí un legado económico satisfactorio, en tanto que su misión como cabeza del ejecutivo tuvo que disminuirse por la imposibilidad en que se halló para mobilizar conjuntamen-

te y de manera orgánica a los distintos departamentos nacionales. En su breve paso por el Palacio Nacional intentó conferir un tono de respetabilidad a las intervenciones públicas y al debate entre los partidos, siendo detenido en tal deseo por la guerrilla política constante de que fuera objeto, ante la tenacidad implacable de los pequeños sectores derrotados por él y que jamás quisieron reconocer que la campaña electoral había concluido. Habiéndolo visto en su posición presidencial, combatiendo contra obstáculos que probaron ser invencibles, queda el recuerdo nostálgico de la desigual empresa en que se jugara con valor y dignidad, hasta cerrarla con la resistencia de los instantes posteriores, previos a su expulsión por las camarillas políticas y las jerarquías militares.

Un análisis acertado, de fuente dominicana, señala las características y deficiencias que marcaran su ejercicio presidencial. Proviene del comentarista Jotin Cury y se publicó en un diario de la capital una semana después de la crisis que acabó con su mandato (*"Listín Diario"*, 2 de octubre, 1963):

“¿Por qué cayó el Presidente Bosch? ¿Era hombre de izquierda? ¿Era hombre de derecha? Positivamente, no era hombre de izquierda. Lo confirma su política de siete meses de gobierno. Si les permitió a los izquierdistas el libre ejercicio de sus actividades políticas se debió más a la ortodoxia de su propia concepción democrática que a su personal simpatía hacia ellos. Bosch creyó ciegamente en la convivencia pacífica de ideas políticas antagónicas en un país que, como el nuestro, carece aún de educación necesaria para soportar los conflictos resultantes de esa convivencia”.

“Bosch tampoco fue hombre de dere-

cha. No da evidencia que, en la brevedad de su periodo asociara su suerte a la de los clásicos grupos que no se resignan a dejar de mandar desde el trasfondo. Un juicio sereno de lo que hizo, me lleva a afirmar que el ex presidente, como político, incurrió en el error de idealizar demasiado la democracia. Se colocó en un centro estéril”.

“Gobernó sin colorido, entre crisis aprensivas y entorpecedoras, a las cuales habitualmente recurría para conjurar, con la posibilidad de males mayores, los problemas que en el seno de ambos bloques antagónicos se creara él mismo con sus propias vacilaciones políticas. Aferrado al centro, no quiso salirse jamás de sus fatídicos contornos, creyendo que así complacía a los que lo tienen todo y a los que no tienen nada, olvidando el carácter eminentemente selectivo de la política y su repugnancia por la inercia infecunda de un centrismo conciliador y que ya no cabe en los insalvables contrastes de este mundo”.

“No huele expresar que Bosch, aparte de haberse ubicado en la esterilidad del centro, cometió graves errores. Se obstinó en mantener yerros evidentes, y su política legislativa fue más anárquica que revolucionaria. ¿Que no tenía ayuda? Ciertamente, pero se negó a buscarla, anteponiendo sus inclinaciones personales al interés colectivo de una “política secunda. Es verdad que la oposición tenaz y manifiestamente grosera de sus enemigos enconó y quebrantó el sosiego de su ánimo, pero en semejante circunstancia debió hacer caso omiso a ella, más atento a las necesidades vitales del país que a la vocinglería de sus detractores: pudo más el hombre que el estadista, y se enredó en la maraña de sus propias pasiones”.

Como complemento a esa interpretación local, cabe citar los conceptos editoriales de “The New York Times”, que reflejan la inquietud extranjera y resumen los factores negativos que se acumularon para traer esta derrota democrática. Anotó, con suficiente claridad, en su edición del 29 de septiembre de 1963:

“Se puede argumentar que se estaba exigiendo lo imposible de una nación que nunca había conocido la democracia y que no disponía de un pueblo, de una clase gobernante, de una estructura social, de una economía o de una burocracia capaz de entender y dirigir a una sociedad libre. En circunstancias similares las naciones africanas establecieron sistemas organizados en torno a un hombre y a un partido”.

“En la República Dominicana el Presidente Juan Bosch, un intelectual de elevada inspiración y altos principios, trató de manejar una sociedad débil, dividida y analfabeta en su mitad, con muy pocos dirigentes hábiles, patrióticos y experimentados, como si fuera una democracia madura. Gobernó desde una posición de debilidad y no de firmeza. El ejército había sido la creación del Generalísimo Trujillo. Y sólo unos pocos de sus jefes habían sido eliminados. Los Estados Unidos ayudaron a formar una fuerza de policía, cuyas cabezas fueron malamente escogidas y se volvieron contra el Presidente Bosch”.

Junto con el derrumbe institucional de la isla, la salida de Bosch representó también el cese de uno de los más intensos y cuantiosos capítulos de colaboración externa con un régimen democrático, por parte de varias otras comunidades del Caribe y Estados Unidos. Así, los gobernan tes de Venezuela, Puerto

Rico y en menor escala de algunos países de Centroamérica, enviaron delegaciones profesionales y de expertos que fueran a reflejar sus propias experiencias en las esferas comerciales, bancarias, educacionales, sindicales y agrícolas mediante una sana y desinteresada cooperación de buenos vecinos al vacilante ensayo dominicano.

Con parecido propósito, la administración Kennedy en Washington desvió sus mejores iniciativas y una porción considerable de asistencia técnica y ayuda financiera de emergencia a la República Dominicana, en el breve lapso que medió entre el asesinato de Rafael L. Trujillo en mayo de 1961 y el término del experimento de Bosch en la última semana de septiembre de 1963. Se ha estimado que esta previsible solicitud norteamericana por el devenir dominicano, en tan turbulenta era, le hizo despachar hacia esa nacionalidad el mayor porcentaje de entregas y créditos en dinero, equipos y alimentos dentro de América Latina. Recogiendo las distintas clasificaciones en que se efectuaban estas donaciones y préstamos a largo plazo se alcanza un promedio anual de 80 dólares por habitante, que es muy superior al que aplica el resto de nuestros países. Y aparte de ella existía la corriente de pequeñas contribuciones materiales y culturales que le traían innumerables instituciones particulares de la Unión, con beneficios ciertos para la vida espiritual de este pueblo agobiado por el injusto destino que le dparase su historia.

Haciendo referencia al apoyo de Norteamérica y a las limitaciones presentes de su antigua hegemonía en la órbita del Caribe, escribió así el objetivo periódico paricense "Le Monde" (27 de sep-

tiembre, 1963), dos días después del golpe militar:

"Desde la iniciación del verano él (Bosch) se encontraba bajo los fuegos cruzados de la derecha, que le acusaba de simpatías profidelistas o pro-comunistas y de la extrema izquierda particularmente virulenta, que buscaba empujarlo hacia la vía de un socialismo radical. En cuanto al gobierno de Washington, que había estimulado fuertemente esta experiencia en sus comienzos, había mostrado una desconfianza creciente ante algunas iniciativas—notablemente en materia de reforma agraria—juzgadas como demasiado audaces para sus ojos, y sólo muy recientemente las autoridades americanas vinieron a darse cuenta del peligro corrido por el régimen de Juan Bosch".

"Pero ya era muy tarde. La estabilidad del gobierno aparecía comprometida por la agitación de la Universidad, por la de la Iglesia, y por las maniobras de sectores de derechas más o menos ligados al trujillismo. En fin, la desocupación en curva ascendente, las dificultades económicas, la incidencia del conflicto con Haití sobre el turismo —una de las más importantes fuentes de divisas de la República Dominicana— acrecían problemas más y más graves al equipo de Bosch. Su reorganización parcial, a principios de mes, ilustraba estas dificultades. Debia haber sido seguida de otro cambio, que habría sin duda precedido a la reforma profunda de una administración notoriamente incompetente y a una reorientación de la política en un sentido nitidamente más izquierdizante".

"La caída del Presidente Juan Bosch, todavía considerado como una de las esperanzas de la Alianza para el Progreso,

constituye un grave y doble fracaso: en primer lugar para los Estados Unidos, que se han revelado a la vez incapaces de provocar la salida del dictador Duvalier de Haití y de asegurarla "protección" de un jefe de Estado democrático; y tam-

bién para los campeones del reformismo latino-americano. Ella arriesga poner en cuestión el precario equilibrio político de los pueblos del Caribe, preparando el terreno a una expansión del fidelismo, hasta ahora detenido en la región". ♦

**